



DON ANTONIO RODRÍGUEZ MOÑINO

Don Antonio Rodríguez Moñino

(1910-1970)

Cuando a nuestro alrededor, en la elipse de nuestra mesa de trabajo común, se producen estos vacíos irreparables, hay ocasiones en que el natural sentimiento por la pérdida del compañero se ve suavizado por la consideración de que quien nos abandonó para siempre había llenado ya, con su labor y su talento, el máximo desarrollo temporal que a vidas de hombres concede la Naturaleza. Gran dolor saber que no le volveremos a ver entre nosotros; pero gran consuelo pensar: su vivir fue una labor cumplida amplia y gloriosamente. En estos años últimos han desaparecido algunos compañeros nuestros en quienes esas condiciones se habían producido de un modo perfecto.

En otros casos, no sucede así. Tal la pérdida que nos reúne hoy.

La muerte le ha sorprendido a nuestro bibliógrafo en un momento de extraordinaria fecundidad, cuando llevaba años recolectando cosechas cada vez más ricas. Tenía sesenta años: presentíamos para él varios lustros de fértil trabajo. ¿Por qué una enfermedad recóndita para la ciencia y apenas conocida por los profanos nos ha derribado a Antonio Rodríguez Moñino cuando la vida física y la intelectual estaban fluyendo maravillosamente sobre él, cuando su labor había adquirido esa

condensación, esa sazón que anuncia un investigador de talla máxima? “Príncipe de bibliógrafos” le había llamado hacía poco Marcel Bataillon.

Fue la suya una vocación irrefrenable, de esas con las que de vez en cuando, en cada generación, algunos pocos hombres quedan estigmatizados para toda la vida. Su carrera literaria la había empezado en la misma adolescencia: unos quince años tenía cuando publica en *Nueva Etapa* (de El Escorial) sus primeros ensayos críticos. Con los años va aumentando rápidamente el número de sus publicaciones. Extremeño, la mayor parte de ellas, en este primer período, se imprimen en Badajoz, y sus temas están tomados de su tierra natal (teatro extremeño del siglo XVI, poetas extremeños, folklore extremeño). Sobre el joven investigador, que entonces frecuentemente usa como seudónimo “Un bibliógrafo extremeño”, obra, como modelo vital y de trabajo, la sombra del gran Bartolomé J. Gallardo. Desde estos comienzos el matiz preferido en las investigaciones de Moñino es el erudito y bibliográfico, y esas aficiones iniciales (Extremadura, bibliografía, bibliofilia, erudición y gallardismo) no las había de abandonar nunca. Pero su curiosidad es mucho más amplia: pronto se ensancha en el aspecto geográfico a todos los ámbitos nacionales, y muchas veces no se reduce, en los temas ni en el modo de tratarlos, a lo meramente erudito; la crítica literaria o social suele estar presente en muchos de sus escritos y, amalgamada con lo bibliográfico, predomina en otros; y sus investigaciones se extienden a lo folklórico, a la epigrafía, a la pintura, a la escultura: de estos últimos temas no voy a hablar por no ser materia propia de esta casa.

Ni aun limitándome a lo literario y bibliográfico podría aquí exponer ante ustedes un cuadro que pudiera dar la riqueza, la variedad de asuntos y enfoque de todas esas obras. En el segundo tomo del *Homenaje* que le dedicaron los hispanistas norteamericanos amigos suyos, hay una bibliografía de Moñino, completa

hasta el año 1966 (fecha de publicación del *Homenaje*): ocupa 60 páginas y el número de obras de nuestro investigador allí incluidas es de unas 300, expuestas por orden cronológico de aparición. Hojeando ese catálogo se ve muy bien la lógica interna que misteriosamente suele presidir a las que primero parecen labores dispersas, cuando se trata de un verdadero, de un constante, de un incesante investigador: todo se va juntando y todo va creciendo hasta que las que parecían antes piecillas menudas y aisladas forman un campo cuajado y pueden recolectarse como un fruto de excepcional riqueza.

No puedo, de tan vasta obra, con grandes partes dispersas, elegir sino sólo algunos especiales nódulos o condensaciones. Quiero ante todo mostrar el estado de esa labor en los tiempos próximos a su muerte: antes y después, porque la labor de Moñino —como luego diremos— sigue viva en lo mucho que ha dejado sin publicar y que verá la luz pronto. Al contemplar las enormes proporciones que estaba tomando últimamente su trabajo, el primer sentimiento es de dolor; en seguida se mitiga algo, porque si es cierto que su muerte nos ha privado de obras admirables que, sin duda, habría escrito aún Moñino, nos damos cuenta de que la importancia de lo que ha publicado en estos años últimos y de lo que ha quedado impreso ya, o en pruebas, o en originales dispuestos para la impresión, es una cosecha verdaderamente extraordinaria y que ya designará para siempre una época de la bibliografía española.

Hablemos, por ejemplo, de su labor sobre los llamados pliegos de cordel o sueltos.

Ya en 1954 había editado cinco rarísimos pliegos sueltos, con los que formó un volumen titulado *Cancionerillos góticos castellanos*. En 1961 aparecieron sus artículos *Doscientos pliegos poéticos desconocidos, anteriores a 1540* y *Los pliegos poéticos de "The Hispanic Society of America"*; en 1958 nos da (en su edición del

Cancionero General de H. del Castillo) un importante catálogo de pliegos sueltos fechables del *Regestrum* de Colón; y en 1962 *Los pliegos poéticos de la colección del Marqués de Morbecq (siglo XVI)*, espléndido libro con facsímiles de todos los que constituyen la colección, y un extenso prólogo; y en 1963, *Los cancionerillos de Munich (1589-1602) y las series valencianas del Romancero Nuevo*, otro grueso volumen también con facsímiles e importante estudio; en ese mismo año vuelve a tratar el tema de los pliegos de cordel en su artículo *Los pliegos poéticos de Oporto (s. XVI)*. Tanto en la conferencia pronunciada en Nueva York —de que hablaremos después— como en el discurso de entrada en esta Academia hay una parte dedicada a la consideración de los pliegos sueltos.

En una serie de publicaciones sobre pliegos sueltos, Moñino había ido tanteando y llenando el terreno y situando los materiales que vamos a ver ahora en compacta, ingente construcción, en la que a esos elementos se juntan muchos otros nuevos.

Cuando en julio último murió nuestro amigo, estaba ya listo para su reparto, pero no puésto aún a la venta, el espléndido volumen que tiene por título *Diccionario de Pliegos Suelos Poéticos (siglo XVI)*, del que voy a hablaros brevemente, porque es una de esas obras que señalan la meta de un destino. Está cordialísimamente dedicado a un gran investigador de nuestros días, el eruditísimo Eugenio Asensio, con recuerdo de las aventuras bibliográficas corridas juntos. Son 735 páginas de bella tipografía en que se encierran enormes caudales de saber bibliográfico y una cantidad inmensurable de horas de trabajo. Para expresarlo con más justeza habría que decir que es libro de una vida. Entiéndase bien: no único libro de una vida (porque la obra misma de Rodríguez Moñino —como vamos viendo— lo desmentiría por lo que publicó cuando estaba entre nosotros, por este libro póstumo de que hablamos y por los que ha dejado en perfectos originales que irán

viendo la luz). No: quiero decir que para la gran producción bibliográfica es necesaria a lo largo de toda una existencia humana una inmensa dedicación coleccionista de elementos, partes y partículas que poco a poco se van ordenando y sistematizando. Excelente ejemplo, este *Diccionario de Pliegos sueltos*: aquí lo ordenado y reunido son las piececillas más menudas del campo de la bibliografía: piezas tan pequeñas como huidizas. En el admirable prólogo de la obra, Moñino insiste una vez y otra en ese carácter: porque el pliego de cordel llega a ser materia preciosísima principalmente por su fácil desgaste y ruina, y, en consecuencia, su pronta desaparición. Hecho para uso de la gente pobre y de conocimientos literarios muy elementales, es, por su tamaño, fundamentalmente sólo eso: un pliego (aunque se suelen considerar pliegos sueltos obrillas que exceden algo ese tope). Los lectores de los pliegos sueltos los doblaban, rozaban, rompían; terminaban por tirarlos u olvidarlos en cualquier sitio. Nacían para ser usados breve tiempo y destruidos en seguida. Así han llegado a ser raros, rarísimos: muchas veces sólo un recuerdo en los apuntes de un bibliófilo; otras, un ejemplar único custodiado amorosamente en alguna biblioteca, con frecuencia extranjera, o en posesión de algún rico coleccionista.

Hay otra razón, que a los que no somos —no en el sentido etimológico, sino en el usual— “bibliófilos” nos interesa más, para hacer valiosísimos los pliegos de cordel: nos han conservado materia literaria (cancioncillas, romances, etc.) de la que unas veces no nos ha quedado más testimonio, y otras veces representan el estado más antiguo de un texto (así ocurre en ocasiones con romances que sólo años después de aparecer en un pliego suelto entraron a formar parte de las colecciones de romances impresas en el siglo XVI o en el XVII).

De todo esto aporta Moñino muchos datos en el prólogo. Distribuye cronológicamente en grupos los pliegos pertenecientes a diferentes épocas: primero los

del siglo xv (o atribuibles a él) y luego los del siglo xvi, en convenientes períodos que las más de las veces son de veinte años.

Precisamente para el primero de esos grupos, 1501-1520, pudo Moñino usar el antecedente del excelente gran bibliógrafo inglés F. J. Norton (quien estudió minuciosamente los pliegos de esos años en el libro *Two Spanish Verse Chap-books*, del que otras partes son obra de otro gran especialista, Edward M. Wilson). Rara ayuda: porque los técnicos en estas materias son pocos. Moñino analiza escrupulosamente lo mismo los pliegos uno a uno que las colecciones existentes o que han existido; todo, con cuánto amor, con cuánta (se diría) ternura. Así, en la introducción (de 126 págs.); y luego, en lo que constituye verdaderamente el diccionario, van los pliegos ordenados alfabéticamente por autores o por el comienzo de su texto (los anónimos), cada pliego con su descripción bibliográfica perfecta, cuando el pliego se conserva; en otro caso, a base de los datos existentes, que pueden ser una entrada en el *Abece-darium* de Fernando Colón, o en el *Ensayo* de Gallardo, o en el *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, etc. Entre conservados y perdidos de los que queda mención, son 1.179 los anteriores a 1601 que ha juntado Moñino, cifra inimaginable antes de su *Diccionario*, y cuya descripción ocupa en él 508 páginas. El profano no puede ni darse idea de lo que significa la rebusca de muchos de estos opúsculos: intuiciones, anhelos, cartas, viajes a veces al otro extremo del mundo, fotocopias, libros y catálogos escudriñados, utilización de amigos, de dinero, y de tiempo, tiempo, tiempo. ¿Y cuánto de esto último no habrá llevado la redacción, compulsas y corrección de pruebas de los índices (de procedencias, tipográfico, de autores, de primeros versos, de tonos para cantar y bailes, de personas y lugares): total, un centenar de páginas de índices?

Todo, en la obra, armónica y económicamente distribuido, rigurosamente analizado, cuidadosamente

transcrito e impreso. Sólo este libro bastaría para evidenciar qué inmensa pérdida han sufrido las letras españolas, y al mismo tiempo para suavizarnos el dolor al ver qué herencia nos ha quedado.

Hay ahora que tener en cuenta que esta importantísima obra era sólo un volumen de una colección que con el título de *Manual bibliográfico de la poesía española (Siglo de Oro)* Moñino ha dejado en gran parte redactada. En una nota autógrafa de su bella escritura, con la negrísima tinta que siempre usaba, he podido ver la hoja en la que dejó consignado el plan completo de ese Manual. El primer tomo era el *Diccionario de pliegos sueltos* del siglo XVI de que acabamos de hablar; en la nota del autor, después de transcribir el título escribió "Impreso: a la venta en Set.^e". A continuación en la misma nota: "Tomo II *Cancioneros* (Siglo XVI)" [y con mayúsculas]: "HECHO". Asimismo el Tomo III corresponde a *Cancioneros (Siglo XVII)* y lleva a continuación la misma fórmula "HECHO". El tomo IV iba a ser como una segunda parte del *Diccionario de Pliegos sueltos*, pero dedicada al siglo XVII. Este tomo IV sobre pliegos sueltos del siglo XVII es el único de los cuatro del que la nota autógrafa no nos da indicación ninguna sobre el punto alcanzado por su redacción. Conocido el modo escrupuloso del trabajo de Moñino podemos estar seguros de que los originales de esos dos tomos dedicados a *Cancioneros*, que él señaló como "hechos", han quedado perfectos y los tendremos pronto impresos (los originales debieron de quedar en Berkeley). Y aun seguramente que de ese tomo IV, al que no señaló como terminado, habrán quedado muchos materiales entre sus papeles.

Es un consuelo pensar que la muerte no nos ha podido arrebatarnos esta parte, el *Diccionario de pliegos sueltos (Siglo XVI)*, ya impreso, y los dos tomos de *Cancioneros*, acabados, inéditos aún. Pero Moñino ha dejado muchos más originales completamente preparados;

varios están ya en la imprenta. Los mencionaremos cuando salgan, acá y allá, en el intento que sigue ahora de mostrar algunos de los aspectos más interesantes y valiosos de la gran obra de nuestro muerto compañero.

Señalamos primero su gusto por la formación de colecciones. Dentro de los casi secretos ámbitos de la querida afición, formó dos graciosas series para bibliófilos, cada una de diez tomitos, de autores extranjeros o españoles, muchos de ellos con prólogo y notas del propio director de la colección, y varios traducidos por su culta esposa, María Brey. En otra serie, que tituló *Cancioneros Españoles*, también de diez lindos tomitos, reprodujo cancioneros y cancionerillos de poco volumen de los siglos XVI y XVII, la mayor parte de ellos cuidados, anotados y prologados por el propio Moñino (así el *Vergel de Amores*, el *Espejo de enamorados*, el *Cancionero gótico de Velázquez Dávila* y el *Enredo de amor*, *Guisadillo de amor* y el *Truhanesco*, de Timoneda, y los pliegos sueltos que titula *Cancionerillos góticos castellanos*). Otros tomos estuvieron encomendados a personas tan competentes como Margit Frenk Alatorre, Eugenio Asensio, José Manuel Blecuá. La mayor parte de estos tomitos reproducen ejemplares únicos, es decir, aseguran ya la permanencia del texto para la posteridad. Otro diez volúmenes llevan el título general de *Floresta, Joyas poéticas españolas*: todos son de más cuerpo que los de la serie de que acabamos de hablar y reproducen ejemplares únicos o de gran rareza. Varios de estos tomos son muy importantes tesoros de poesía española. Moñino cuidó directamente y prologó con estudios minuciosos muchos de ellos (*Silva de varios romances*, 1561; *Cancionero llamado Flor de Enamorados*, 1562 —éste en colaboración con Daniel Devoto—; *Flor de Romances*, 1578; *Segunda parte del Cancionero General*, 1552; *Primera parte de los romances nuevos*, 1604; *Primera parte de la Silva de varios romances*, 1588).

Publicación de la Real Academia Española y muestra del colaborador trabajo de Moñino mientras era correspondiente de ella es la serie de doce volúmenes que lleva por título *Las fuentes del Romancero General de 1600*. La portada de esta compilación, de 1600, declara que en ésta “se contienen todos los Romances que andan impressos en las nueve partes de Roman-ceros”. Esas partes que fueron a confluir en el *Roman-cero General* de 1600 es lo reproducido por Moñino: cuando existen dos publicaciones bien diferenciadas con el mismo ordinal, da facsímil de las dos (así hace, por ejemplo, con las llamadas *Tercera* de Madrid 1593 y *Tercera* de Valencia 1593). Cada tomo lleva una sucinta nota, y en todos las pruebas fueron cuidadosamente vigiladas por el editor (considero más difícil la corrección de pruebas de facsímiles de libros de los siglos XVI y XVII, si se hace rigurosamente, que la corrección de la normal composición de imprenta).

Muy útil es la colección de *Las fuentes del Roman-cero General*; sin embargo, el mayor servicio que Moñino prestó a la Academia Española fue la publicación en 1958 de la primera edición (1511) del *Cancionero General*, de Hernando del Castillo, reproducción en facsímil, precedida de un prólogo en que se exponen los antecedentes del *Cancionero*, lo que se sabe de su proceso de publicación, su composición y plan de distribución de partes, las muchas anomalías de la ejecución de ese plan y la serie de ediciones posteriores a la primera con las adiciones y supresiones que tuvieron. Sigue una bibliografía de todas las ediciones, con facsímiles de sus portadas, y con ese tipo de exactos índices a que nos tenían acostumbrados las publicaciones de Moñino. Y como ocurriera que publicado ya el *Cancionero* de 1611, algunos amigos lamentaran no tener en volumen las poesías contenidas en las ediciones posteriores, las reunió en otro tomo (*Suplemento al Cancionero General Hernando del Castillo*), que se publicó en 1959, si bien ya no por esta Academia, sino por la editorial con la

que más trabajó Moñino y que tan bien ejecutaba sus deseos de esmeradísima tipografía. En la misma imprenta valenciana se había impreso el gran volumen del *Cancionero General* a expensas de esta Academia: es uno de los libros más bellos publicados en nuestra época y que deben satisfacer al bibliófilo más exigente.

Sería necesario ahora hacer una evocación de la figura de Antonio Rodríguez Moñino y de su gusto por las materias escriptorias (el papel y la tinta) y por el libro como materia física, por el libro bello, el libro antiguo, el raro, y al final de esta escala, el conservado en ejemplar único; y su cuidado de los libros publicados por él, y también de las colecciones por él dirigidas. Observemos en conjunto las que acabamos de considerar: hay un tino y una delectación en buscar la proporción; cada serie comprende libros de un contenido semejante, de parecidas dimensiones, y cada serie es limitada: de diez volúmenes cada una (en una ocasión, doce), y todas resultan armónicamente unitarias porque todas tienen como centro el libro, criatura ideal, y todas a la par, contrastadas entre sí, tienen una razón de existencia propia. Resulta, pues, que para acercarnos, no a definir, pero sí a delimitar la bibliofilia de Moñino, creo que sería útil considerar que era una bibliofilia fuertemente teñida de matiz estético. El ponía un "gusto" especial en todo lo que al libro se refiriera.

Muchas de estas consideraciones son también aplicables a otras series formadas por nuestro incansable compañero: *Biblioteca de Erudición y Crítica* y *La Lupa y el Escalpelo*. Cada tomo fue encomendado por Moñino a un escritor ilustre. Lo que nos interesa aquí es que en cada una de estas series hay un libro del que él es el autor. En la primera aparecieron sus *Relieves de erudición*, obra, como su título indica, miscelánea, formada de artículos publicados antes en revistas. Es ya interesante que el propio Moñino los escogiera de en-

tre su producción dispersa. Resaltemos por su especial importancia y por su relación con esta casa el estudio titulado *El primer manuscrito de Amadís de Gaula*. En unas antiguas encuadernaciones aparecieron unos fragmentos de un ms. del *Amadís*, sin duda anterior a la impresión de 1508 por Garci Rodríguez de Montalvo. Un amigo remitió esas hojas a Moñino. He aquí las palabras de éste: "... no pudimos menos de sentir la emoción lógica al considerar que —¡por fin!— aparecía un manuscrito del *Amadís*. Completamente llenas de espeso engrudo, con abundantes manchas de otras líneas cruzadas, resto de hojas pegadas encima para formar el cartón, hubo que proceder a lavarlas cuidadosamente, a plancharlas y a ponerlas en condiciones de ser leídas". Nos imaginamos el meticuloso cuidado del bibliófilo al ejecutar estas operaciones, y su gozo. La importancia del hallazgo es ya bien sabida y no hay necesidad de encomiarla ahora. Si nos hemos detenido un momento en ese artículo es porque viene a mostrarnos en una tarea material —el arreglo de esos fragmentos preciosísimos— al apasionado bibliófilo.

También nos le muestra apasionado el otro libro, el publicado en la serie "La lupa y el escalpelo": lleva por título *Historia de una infamia bibliográfica (la de San Antonio de 1823)*. Sabidas son las especies vertidas acerca de Gallardo y la bibliopiratería, y las dudas esparcidas sobre la veracidad de sus pérdidas en el tumulto popular al ir a embarcar en Sevilla el 13 de junio de 1823 para refugiarse en Cádiz ante el avance de Angulema y sus huestes. Moñino defiende con extremado ardor y fuertes argumentos a su héroe. La mucha erudición que acerca del gran bibliógrafo del siglo XIX se acumula aquí no puede causar extrañeza a quienes ya conocían el "estudio bibliográfico" titulado *Don Bartolomé José Gallardo* que Moñino publicó en 1955, hermoso volumen de 366 páginas que dará grato chasco al lector no especialista si, engañado por la designación de "estudio bibliográfico" se asoma a sus páginas

llenas de casos, chistes, enterizas opiniones políticas, ardorosas defensas, triunfos y desazones; Moñino, aparte de publicar cincuenta cartas inéditas de Gallardo, reproduce en ese "estudio bibliográfico" las poesías de Gallardo y muchos textos en prosa. Por su parte, la *Historia de una infamia bibliográfica* nos prueba una vez más la portentosa cantidad de noticias en torno a Gallardo que poseía; y algo que ahora interesa resaltar porque apunta otros rasgos de la persona de nuestro compañero (sobre los que parece que se proyecta el recuerdo del propio Gallardo), rasgos que van a empalmar con los que han ido apareciendo aquí y allá en párrafos anteriores: sus rígidas normas éticas, a través de su apasionamiento extremeño; a esta luz juzga Moñino personajes ya históricos (como solía juzgar también a sus contemporáneos).

Otras colecciones formadas por Moñino nos tocan más de lejos. Pero he dejado para mencionar aquí la que había iniciado hace pocos años. Lleva por título *Romanceros*, y de ella sólo habían salido tres volúmenes: *Cancionero de Romances* de Amberes, 1555; *Romancero historiado* de Lucas Rodríguez, 1582; *Cancionero de Romances*, de Lorenzo de Sepúlveda, 1584. Libros de más texto que las otras colecciones de que se ha hablado ya, cada uno lleva un extenso prólogo y una bibliografía (que suman 106 págs. en el primero; 72 páginas en el segundo; 70 págs. en el tercero). La bibliografía nos permite averiguar las otras impresiones conocidas de cada romance. Destinados a esta colección quedan para imprimir, completos y con largos estudios, los originales de la *Silva de Romances* de Zaragoza, 1550-1552 (estaba ya imprimiéndose al fallecer Moñino), la *Floresta de romances de los doce pares de Francia*, de 1646, de Damián López de Tortajada (se encontraba al ocurrir el triste suceso en pruebas ajustadas). Han quedado dos tomos más de originales para la misma colección y, fuera de ella, los de *La imprenta de don Antonio Sancha* (1771-1790), que formará un

volumen de unas 440 páginas impresas (cálculo de Moñino, siempre muy exacto en el estimar la correspondencia entre sus originales cuidadísimos y el número de páginas que ocuparían en la impresión). Ténganse estos datos en cuenta, súmense a los consignados por mí antes, para apreciar el número y tamaño de lo que van a ser las publicaciones póstumas de nuestro desaparecido compañero.

De alguna obra importante hablaré al reseñar aún datos de la vida externa de Antonio Rodríguez Moñino. ¡De cuántos libros importantes no puedo hablar y cuántos artículos llenos de noticias y hallazgos tengo que omitir! De las producciones juveniles hablé con cierta extensión en un artículo mío publicado en 1946 (¡hace casi un cuarto de siglo!) y reproducido después con algunas adiciones (hasta la altura de 1956) en mi libro *Del siglo de Oro a este siglo de siglas*; de mucho de lo que ahora no tengo espacio para mencionar traté entonces.

Voy a exceptuar de lo aquí omitido dos discursos, porque son bastante recientes, porque muestran un aspecto distinto de nuestro investigador, y porque el uno fue pronunciado como conferencia en Nueva York ante una prestigiosa sociedad internacional, y el otro en esta casa en el acto solemne de recepción como numerario (día 20 de octubre de 1968), acto en el que la contestación al nuevo académico estuvo a cargo de don Camilo José Cela. La conferencia de Nueva York fue pronunciada en 1963 en el noveno congreso de la "International Federation for Modern Languages and Literatures", con el título de *Construcción Crítica y realidad histórica en la poesía de los siglos XVI y XVII*. Publicada en las actas del congreso y luego en lindo folleto con un prólogo de Marcel Bataillon, hay una traducción inglesa bellamente impresa en los Estados Unidos. En su tesis, Moñino parte de la inanidad de nuestra visión histórica, de la penetración y repartición de la

poesía entre el público en los siglos XVI y XVII. Va pasando revista a los distintos modos posibles de llegar la poesía hasta el público en aquella época: muestra de modo innegable cómo una gran mayoría de poetas, y entre ellos muchos de los máximos, mueren sin que sus obras hayan sido editadas; señala luego la escasez y dificultad de la circulación de manuscritos poéticos y de la inseguridad de sus atribuciones; hace notar la mucha poesía que sabemos que existió y se ha perdido; considera el caso especial de los pliegos sueltos, y cómo, contra lo que se piensa, han continuado hasta el mismo siglo XX la tradición caballeresca. La crítica se ha construido sobre arena movediza, y sólo la investigación bibliográfica, llevada a cabo de modo total y sistemático, podrá darnos una visión que se corresponda con la realidad de los hechos literarios.

Parecido es el punto de partida en el discurso pronunciado en esta Academia con el título de *Poesía y Cancioneros* (siglo XVI). Pero lo que allí, en la conferencia de Nueva York, era crítica del sistema existente, aquí, ahora, es una constructiva revisión de las antologías, compilaciones (cancioneros) de que disponemos para historiar cumplidamente la poesía del siglo XVI.

Ambos discursos tienen algo de común: en uno y otro los conocimientos bibliográficos de Moñino le llevan a una áspera crítica de los modos habituales de historiar la poesía del Siglo de Oro. En los dos, pues, la bibliografía se levanta a ser instrumento para sacudir profundos latigazos en los sistemas habituales de historia literaria.

¿Hacia dónde, de haber vivido más, habrían llevado a nuestro compañero sus conocimientos, ahora que estaban en su plenitud, y que forzosamente —esas dos conferencias ya lo anuncian— habrían de cuajar en teorías de nivel superior?

Nacido en 1910, Antonio Rodríguez Moñino sufrió, como todos los hombres de su generación, o como los

más viejos que aún vivimos, las terribles sacudidas de la vida española. El, desde luego, con mayor violencia, y con muchos peligros y amarguras, que en su fuerte temperamento, sin duda, dejaron huella.

Licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho desde 1933, ambos títulos por la Universidad de Madrid, muy poco después (1935) gana por oposición el nombramiento de Catedrático de Lengua y Literatura Españolas, de Instituto. Gana una plaza de provincias, pero el Ministerio, sin duda atendiendo a las muchas esperanzas que en el joven bibliógrafo apuntaban, le agregó a Institutos de Madrid. Luego, las incidencias de la vida española, que tanto afectaron a la de Moñino, hicieron que su doctorado en Filosofía y Letras hubiera de demorarse hasta 1965, en que lo obtuvo con Premio Extraordinario en la Universidad de Salamanca.

Mientras tanto, el reconocimiento de sus méritos se había extendido grandemente por España y en el extranjero. La Hispanic Society of America, que ya en 1949 le había nombrado correspondiente, le hizo miembro de número en 1955; en 1960 le nombra Vicepresidente de la misma. Y en 1962 le encarga la publicación del *Catálogo de manuscritos poéticos castellanos de los siglos XV, XVI y XVII*, poseídos por la sociedad. Colabora en la empresa su esposa, María Brey Mariño. Ambos permanecen casi un año en Nueva York dedicados a este trabajo. Y en 1965, firmados por los dos e impresos en España, aparecen los tres perfectos volúmenes que constituyen el *Catálogo*. Es otra pieza mayor que revela el primor y el gusto bibliográfico que ambos autores pusieron en todas las obras en que colaboraron. Todo el tomo primero reseña colecciones de poesía; casi todo el segundo, manuscritos de poesías de un autor y anónimos. En el tercer volumen ambos autores acumulan noticias sobre los bibliófilos que reunieron estas colecciones, Huntington, el Marqués de Jerez de las Caballeros, José Sancho Rayón, y Gallardo: este estudio con sus apéndices documentales ocupa 157 páginas. Y

los índices (de autores, de primeros versos, de obras dramáticas, de personas y lugares, de procedencias y de correspondencias con la signatura de la Biblioteca de la Hispanic Society) nada menos que 450 páginas.

La Real Academia Española, en 1952, a propuesta de los señores Marañón, Amezúa y Cossío, le había elegido correspondiente. En 1960 se presentó su candidatura para Académico numerario, firmada por los señores Cossío y Cela y por quien escribe estas líneas. Fuerzas que no consultaron la voluntad de la Academia y externas a ella obligaron a que la candidatura fuera retirada antes de comenzar la votación. En el año 1966, desaparecido el obstáculo exterior a esta Academia, que lo impedía, y existiendo la vacante de Rafael Sánchez Mazas (Académico Electo, muerto sin llegar a tomar posesión) fue presentada de nuevo la candidatura de Moñino para Académico de número. La firmábamos los mismos que habíamos presentado la primera en 1960. Antonio Rodríguez Moñino fue elegido el 22 de diciembre. Pero tardó casi dos años en tomar posesión, 20 de octubre de 1968. De su discurso de entrada he hablado ya. Quiero añadir sólo que ante el hecho anómalo de suceder en la vacante dejada por un mero electo, Moñino se consideró sucesor del que lo fue en propiedad, don Eugenio Sellés. Hizo el tradicional elogio de Sellés, pero dedicó también un cariñoso recuerdo a Sánchez Mazas.

La Universidad de Berkeley le invita para explicar el curso 1960-61. El siguiente año lo dedica en Nueva York al trabajo del *Catálogo* de que acabamos de hablar. Durante estos años actúa como conferenciante en muchas Universidades de los Estados Unidos y en varias francesas, y asiste a congresos de investigadores o profesores, en Méjico y Francia. Nombrado en 1966 para ocupar una cátedra de Instituto en un pueblo de la provincia de Ciudad Real, la Universidad de Berkeley (California) le nombra ese mismo año Catedrático en pro-

piedad de Literatura Española, cargo desempeñado hasta su muerte.

Ese mismo año de 1966 aparece el *Homenaje a Rodríguez Moñino. Estudios de erudición que le ofrecen sus amigos o discípulos hispanistas norteamericanos*: setenta y ocho investigadores, lo mismo de las generaciones viejas que de las nuevas hornadas, norteamericanos por naturaleza, adopción o mera residencia (y entré estas dos últimas categorías, muchos nacidos en España o en Hispanoamérica) ofrendaron a Moñino sus trabajos reunidos en dos grandes volúmenes que suman unas 900 páginas, llenas de interés y hallazgos, o de crítica de historia literaria.

Poco tiempo compartió como numerario nuestras preocupaciones y tareas. En la comisión administrativa se había tratado en varias ocasiones de la necesidad que teníamos de él para encomendarle la continuación de las series de facsímiles publicados por la Academia. Precisamente la última vez que le vi vivo, el 9 de mayo de este mismo año, fui a visitarle con motivo de unas pruebas de imprenta para un facsímil en proyecto. La enfermedad lo había reducido a casi espíritu. Me criticó las pruebas que le sometía con aquella pericia de máximo conocedor.

Que descanse en paz, que repose quien tanto se afanó desde su primera juventud en darnos una visión completa de la cultura española en su depósito gráfico: en el pliego suelto, el libro, el manuscrito. Expresaba al comenzar estas líneas nuestro pesar por la desaparición de quien podía todavía haber vivido unos lustros de fecundísimo trabajo. Cierto. Pero tenemos su gran obra, cuarenta y cinco años de trabajo incesante, cada vez más acendrado, cada vez más acumulativo, cada vez asomado a horizontes más amplios. Pena por lo que aún pudo hacer. Nuestro agradecimiento por la inmensa tarea que le fue dado realizar y que enriquecerá el conocimiento literario durante muchas generaciones.

DÁMASO ALONSO.